

ALFAGUARA



Leila Guerriero

Frutos extraños

(crónicas reunidas 2001-2008)

Me gusta ser mujer... y odio a las histéricas*

Latido, Argentina

Septiembre de 2001

Un día mi padre me llamó y me explicó lo de la semillita, acariciándome la cabeza como si me estuviera dando el pésame. Entendí esto: entendí que el hombre metía un brazo adentro de la mujer —no me pregunten por dónde— y que con los dedos —que en mi imaginación tomaban la forma de una tenaza que tenía mi abuelo Elías— plantaba una semilla. El procedimiento me pareció humillante y quirúrgico, pero enseguida vi que había solución:

—Yo voy a hacer al revés, le voy a meter una semilla a un hombre.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no.

«Porque sí» y «Porque no» eran dos respuestas con mucho rating en casa, pero después de esta explicación botánica, mi educación sexual tuvo todavía otro capítulo. Eran las cinco de la tarde de un año en el que tuve 7 años. Volvía a casa caminando con Paola, una compañera de colegio, y el grito llegó como un baldazo: dos varones de séptimo grado, desde la vereda opuesta. Paola se arreboló. Le pregunté qué quería decir lo que nos habían gritado, y me mintió que no sabía. Paré a tomar la leche en casa de mi abuela Any y disparé:

—Abue, ¿qué quiere decir «las vamos a coger»?

—Quiere decir que te quieren tocar. Es algo que te hacen los varones. Es muy feo.

* Esta nota también fue publicada en *El Malpensante*, noviembre-diciembre de 2004.

A los 7 años, entonces, estaba segura de cuatro cosas acerca del sexo: a) que consistía en la introducción de una semilla; b) que eso probablemente se llamara coger —yo era intuitiva—; c) que se hacía con las manos o con tenazas; y d) que era algo muy feo que hacían los varones y que las mujeres, probablemente, padecíamos.



Putas. Eran todas putas. Las que atendían al sodero en bata, las rubias, las viejas que no usaban enagua. Si caminabas moviendo el culo, eras puta. Si volvías a tu casa después de las once de la noche, eras puta. Puta era la que iba al colegio con las uñas pintadas, puta la divorciada y puta la hija de la divorciada.

En Junín, provincia de Buenos Aires, la ciudad donde viví hasta mis 17, la vida era complicada si nacías varón: había demasiadas opciones. Pero si nacías mujer era fácil. Tenías que tomar una sola decisión: eras casta o eras puta. Y si eras como yo —estudiosa, clase media, hija de padres respetables— se descontaba que puta no, y que te ibas a casar con el himen enterito, si era posible con tu primer novio. Ahora tengo 37, vivo en Buenos Aires desde los 18, comparto casa con Diego hace 9 y me piden que escriba sobre lo que me hace mujer. Lo que me ancla del lado hembra de las cosas. Se me ocurre que a) no quiero escribir unos párrafos que pudieran someterse al título «Me gusta ser mujer»; y b) que ser mujer en Junín fue una experiencia cercana a lo vergonzante e imposible de obviar porque allí empezó todo. Yo era un dechado: 11 añitos, moralista, recatada. Mis padres no me dejaban usar tacos altos, ni polleras cortas, ni maquillaje. Mi madre me promocionaba como si yo me mantuviera alejada de las tentaciones por voluntad y no por prohibición.

—Ay, qué grande que está —decían sus amigas, y mamá completaba:

—Sí, es muy madura para la edad que tiene.

Madura quería decir que yo no contradecía sus órdenes y que, por lo tanto, nadie me había besado ni tocado y que, aunque a escondidas leyera la *Justine* del buen marqués y me agarrara bruta calentura, las cosas seguían bien porque nadie se enteraba. La inocencia iba primero, y no importaba mucho si era real o fingida: importaba lo que estaba a la vista. Y lo que estaba a la vista era yo, tan casta.



El sexo prometía más amenazas que el hombre de la bolsa. Entonces, era mejor no averiguar y mantenerlo lejos. Fue así hasta mis 9 o 10 años, cuando le pedí explicaciones a una amiga mayor.

—Me explicás todo, ya.

—No, me da vergüenza.

Acá había algo interesante. Le ofrecí mi juego de mesa preferido a cambio de algunas precisiones, nos encerramos en mi cuarto y me explicó. Me dio impresión. Sobre todo, lo del pito. Suponía que esa cosa parecida a un tornillo, que sólo había visto en los bebés o en mi hermano menorísimo, tenía que adquirir una consistencia casi metálica. El pito pasó a ser un arma amenazante y escondida. En un baldío cercano a la escuela, las paredes estaban repletas de unos dibujos como aviones con alas desplegadas y grandes soles oblongos con pestañas (unos sexos que ahora se me ocurren aterradores), pero los aviones y los soles pestañudos no se parecían a nada que yo guardara bajo la bombacha o que adivinara detrás de las braguetas que husmeaba con discreción. Tenía miles de dudas, pero pánico de compartirlas con mis amigas, porque en mi pueblo todas éramos vírgenes y pudorosas hasta el día del casamiento: todas. Yo era capaz de matar por esta convicción. Así era yo. Boba. No creía en Dios pero confiaba en El Himen.



Mi amiga mayor, la que me explicó los rudimentos del sexo, tuvo cuatro hijos. Cinco años después de casarse, dejó estudio y empleo para mudarse a un pueblo de dos mil habitantes donde su marido había encontrado un trabajo que lo conformaba.

No sé en qué pensó mientras se mataba. No sé por qué se mató. Sé lo que pensé cuando la vi en su cajón: que había que tener cuidado. Que después de todo, la fórmula perfecta de la felicidad (hijos, marido, la casita con césped) podía no ser la fórmula perfecta de la felicidad.

Pero yo era joven, estaba rabiosa, se había muerto mi amiga y el mundo me debía una. De todos modos, me mantuve alerta.



Es noche de martes.

Diego lava lechuga. Yo corto cebollas, pico tomates, controlo una salsa. Abrimos un vino. Después de comer, cruza sus cubiertos y me dice que qué bien cocino. Que soy rebuena ama de casa. Ahora —mucha confianza y años juntos— sólo finjo que me enojo y él, que me conoce, finge que se sorprende con mi ceño fruncido. Sabe que me gusta cocinar y tener la casa ordenada, pero sabe, también, que imagino el infierno bajo la forma de las tareas del hogar como ocupación obligatoria y excluyente. Tenemos cuentas separadas, casa compartida y responsabilidades iguales. En fin: casi. Porque si bien no hay nada que sea tarea exclusiva de Diego, sacar la ropa del tendedero y guardarla en los placares es una de esas cosas que «si-no-las-hago-yo-no-las-hace-nadie». A Diego, simplemente, no le importa ver la ropa colgada durante meses, y yo prefiero que las medias y los calzones no me arruinen la vista del balcón, de modo que una vez por semana me transformo en mi mamá, que volvía del fondo con una parva de sábanas oliendo a sol, y junto la ropa recién lavada. Cada tanto me canso y revoleo mi derecho a la igualdad, entonces Die-

go dice con ternura «Sí, gordita, tenés razón», dobla un par de remeras y a la semana otra vez: ahí voy yo, juntando broches. También soy la encargada de la sección «Comidas difíciles» (Diego es del Club del Bifecito a la Plancha, si le toca cocinar). Si llego tarde a casa sobre el pálido desierto de la mesada lucirá, con suerte, el laguito rojo de un tomate cortado al medio. Si es Diego el que llega tarde, de guacamole para arriba habrá de todo. Antes pensaba que estas cosas —el orden, la comida caliente, una casa agradable— tenían que ver con cierta sensibilidad femenina en la que, por cierto, me cuesta creer: tengo amigos varones que viven solos y sus casas son tan agradables como la mía y cocinan mejor que yo. Prefiero pensar que son síntomas —visibles— de mi educación de buen partido: prolija, limpia, ordenada. Cosas que aprendí de mi madre: perfumar la casa con cascarita de naranja, sacar las frazadas al sol. Cosas que, confieso, me gustan.

Pero también trató de enseñarme otras, que no me gustaron tanto.



En 1979 yo ni soñaba en compartir mi vida con un hombre, pero tenía 12 años y supongo que mi madre habrá pensado que era momento de hablar por primera —y única vez— de mujer a mujer.

—Nena, vos ya sabés lo de la menstruación, ¿no?

Sí, yo ya sabía. Me recordó, entonces, lo que ella creía importante: en esos días no convenía que me bañara, tomara sol o hiciera gimnasia, mirá que la Patri, la chica de la esquina, se metió en esos días en un río cordobés y le dio tremenda hemorragia. Y ni hablar de tampones.

Pero el mismísimo día de mi primera menstruación me di una ducha de dos horas y me fui a mi clase de guitarra, atenta a posibles dolores y hemorragias de hecatombe. No pasó nada. De a poco subí la apuesta. En esos días hacía más gimnasia, corría más, saltaba más alto. Mi cuerpo respondía

con orgullo. Ningún espasmo. Ningún flujo imparable. Al poco tiempo descubrí que los tampones no estaban contraindicados para chicas vírgenes. Después de eso, el amplio folklore menstrual (no había que tomar aspirinas porque te morías desangrada, había que comer remolacha porque te hacía sangre, las pastillas para los dolores menstruales te daban cáncer) empezó a parecerme muy ajeno. Me gustó menstruar. Aunque en el barrio era una enfermedad que había que soportar con discreción (la mamá de una amiga no se lavaba las manos cuando menstruaba: se las repasaba con un trapo húmedo, no fuera cosa...) empecé a mencionar el asunto sin pudor en mi casa.

—Me vino —disparaba a la hora del almuerzo—. Ay. Me duele un ovario.

Mi padre se compadecía en silencio, mi madre clamaba por discreción y mi hermanito preguntaba: «¿Qué dijo, qué dijo?» pero nadie se animaba a hacerme callar. Una mujer menstruante era, antes que nada, un ser inimputable.



—¿¡Tango!? ¿¡Vos!?

Preguntó mi madre en el teléfono y yo dije que sí y a ella le pareció espantoso.

—¡Esa música de viejos, qué decadente!

Mi amiga Mariana dice que probablemente tratar de explicarle a mi madre por qué por estos días Diego y yo estamos aprendiendo a bailar el tango sería como que dentro de cuarenta años un grupo de personas de treinta y pico intentara explicarnos a nosotras por qué ellos se juntan los sábados para escuchar a Menudo y Los Parchís. Es probable. De todos modos, Diego y yo estamos aprendiendo a bailar el tango, y nos gusta, y juro que no sé por qué todos en las clases se sienten obligados a subrayar con una sonrisita socarrona cualquier alusión al machismo tanguero, pero nadie que yo conozca se altera con la publicidad televisiva del pan lactal en rebanadas Bimbo.

Pan Bimbo, toma uno: en un recinto repleto de hombres, una mujer se tapa la corredura de la media antes de levantarse y caminar a sala traviesa; otra muchacha, esta vez en una obra en construcción, habla por su celular mientras, maternalmente, le calza el casco a un obrero que no lo lleva puesto. Escena final: una mujer les sirve rebanadas de pan Bimbo a sus hijos. Una voz en off —de hombre— dice: «Las mujeres cambiaron, pero siguen siendo mujeres».

Yo no soy una «mujer en rebanadas Bimbo». A mí no van a darme permiso para hacer lo que quiero hacer, siempre y cuando cumpla con el sacrosanto fin reproductivo.

Si le pido a Diego que mencione siete diferencias entre hombres y mujeres dice «Ninguna», y después dice «Sí, las tetas» y después dice: «No, tampoco», pero todos mis amigos están convencidos de que una madre es más importante que un padre durante los primeros años de vida de un crío.

—Y aparte de la teta, digamos, ¿qué te parece a vos que el padre no le puede dar al chico? —pregunto.

—Muchas cosas —dice mi amigo Juan—. La madre es irremplazable.

Cuentos chinos, digo yo. Excusas para cargarles a las chicas el sambenito de la crianza. Prueben, si son hombres, a pedir una licencia de tres meses en el trabajo para criar. Una carcajada será lo que reciban. Y eso a nadie le parece sexista. Pero el tango, señores, el tango sí: el tango es la fuente de todos nuestros males.



Un día el himen, ese pedazo de piel responsable de tanto escándalo, dejó de parecerme importante. Había leído tanto sobre sexo —en los libros que no me dejaban leer, en las revistas que se suponía que no leía— que podría haber dado clases en un burdel, virgen y todo como era. Sabía que la pérdida de la virginidad era un rito de pasaje del que los hombres se sentían responsables y al que las mujeres le tenían pavor. Decidí que no iba

a permitir que nadie cargara con la responsabilidad de haber finiquitado el parchecito. No diré ni cómo ni cuándo, pero no hubo sangre. No hubo dolor. Él no se dio cuenta y para mí no tuvo la menor importancia. Fue como yo quería. Sigo pensando que las mujeres cargamos con demasiadas funciones y órganos sobrevalorados. La virginidad, la menopausia, la menstruación, el primer polvo, los ovarios. Y, claro, el embarazo.

Nunca quise tener hijos.

Nunca me conmovió la idea de parir. Todavía me divierte el asombro que producen las palabras «no quiero». Hay quienes elaboran un consuelo («Bueno, ya te van a dar ganas»), ensayan sospechas («No podrá y dice que no quiere») o se enojan («No podés ir en contra del instinto materno»). Mi caso es más simple. No quiero. Nunca quise. No tengo ganas. Ni siquiera pienso en eso todos los días. Diría que ni siquiera pienso en eso todos los años.



El oficio me llevó a hacer entrevistas con madres solteras, casadas, divorciadas, adolescentes. Todas recitan que los hijos te hacen olvidar de las dificultades, que el único sacrificio que hace una madre es no poder estar con ellos tanto como quisiera. Ese consenso en el lugar común termina por no querer decir nada y despierta sospechas de sentimientos algo más bajos, inconfesables. Nunca me conmovió el parto con padre al lado, ni entiendo la sacralización de las embarazadas que vuelven, por obra y gracia de la hinchazón, a ser nenas inexpertas receptoras de todo tipo de consejos: «Comé yogur, comé lentejas, tomá calcio, tomá leche». ¿A ninguna le incomoda esa condición de caballo de Troya, de envase sobre el que todos tienen derecho? Hace poco una amiga, embarazada, se quejaba porque su obstetra la obligaba a hacerse decenas de análisis que ella creía innecesarios.

—Me hace perder un montón de tiempo. Los médicos piensan que sos una persona que está en su casa tomando li-

cuados de vitamina y esperando que nazca el baby. En las salas de espera está repleto de embarazadas leyendo el *Para Ti*, aburridas, resignadas, y vos mirando el reloj porque a las once tenés una entrevista con el presidente de la primera aseguradora del país por un juicio millonario.

Mi amiga es abogada.

Los hijos, creo, son un tema sobredimensionado.

No todo el mundo necesita tenerlos.

No creo que haya mucho más que decir al respecto.



A los 18 me mudé a Buenos Aires para estudiar una carrera universitaria. Tenía vocación para las matemáticas, el cine y las letras, pero estudié Turismo. Todavía me pregunto por qué. Cinco años después obtuve al mismo tiempo un título de licenciada y una confusión tan grande como el iceberg que hundió al *Titanic*. Mis padres no se mostraban dispuestos a mantenerme, y ahora que ya no estudiaba tenía dos opciones: trabajar o casarme y ser una señora en relación de dependencia. Tenía un novio, pero preferí buscar empleo. Conseguí un trabajo de nueve a cinco en una agencia de viajes. A los seis meses decidí que había estudiado la carrera equivocada y que me deprimía venderles viajes a los demás: la que tenía que viajar era yo. Además, quería escribir.

Renuncié.

Fue mi etapa de caída libre en La Vida Real y el aterrizaje casi me mata. Tenía 21 años y conseguí un empleo de vendedora en Cacharel. Vendí tres tapados, me sentí miserable desde la hora del almuerzo y me escapé sin reclamar ganancias. Esa misma semana entré a trabajar en una óptica y el dueño, un señor encantador, me dijo: «Hija, vos estás para otra cosa». Decidí que tenía razón, hice mis valijas, cerré mi departamento y volví a Junín, donde terminé siendo cajera de un autoservicio. Me concentraba en dar bien el vuelto, le ponía precio a la mercadería y no podía parar de preguntarme:

«¿Para esto nació?». En mis ratos libres escribía cuentos y pensaba que todos debían sentirse destinados a algo más importante pero tenían que conformarse con marcar latas de tomates: yo no tenía por qué ser la excepción.

La Vida Real era una pesadilla. Entonces hice mi gesto heroico de la década: volví por un par de días a Buenos Aires y, sin conocer a nadie del mundo periodístico, dejé unos cuentos cortos en la recepción de *Página/12* a nombre de Jorge Lanata. Tenía esperanzas de que los publicaran en el suplemento *Verano/12*. Dos semanas después, mi padre me despertaba a gritos porque *Página/12* había publicado uno de mis relatos en la contratapa, donde solían firmar Juan Gelman y Osvaldo Soriano, entre otros. Llamé al diario y me pasaron con el mismísimo. Fue como hablar con San Martín. Tres o cuatro meses más tarde, y sin saber quién era yo, el hombre me ofreció trabajo en *Página/30*, la revista mensual del periódico. Acepté, claro. Me recibió en su oficina y me dijo: «Andá y defendete como puedas. Por lo demás, y en cualquier ámbito, cuando te cierren las puertas no las golpees: tiralas abajo a patadas». El oficio no fue fácil, al principio. Para los demás, yo no dejaba de ser la chiruza tímida que llegaba del interior; el paracaidista gaucho. Alguien sobre quien pesaba todo tipo de sospechas: por qué estaba ahí, a quién conocía, hija de quién era, espía a sueldo de cuál. Pero que yo fuera mujer era un detalle: daba igual. Siempre hay alguien que supone que se ganó el derecho a entrar en tu cama por pagarte el café de máquina del pasillo, pero esos son ripios menores. En lo que verdaderamente cuenta, el mundo laboral se dividió para mí en «notas que me interesan» y «notas que no estoy dispuesta a hacer». Por lo demás, hice lo que me enseñaron en la única clase de periodismo que recibí en mi vida: me defiendo como puedo y pateo hasta que se caen las puertas que no se abren.

Ni entonces ni ahora creí que esta fuera una fórmula sólo apta para mujeres.

Índice

Agradecimientos	11
-----------------------	----

CRÓNICAS Y PERFILES

1. El gigante que quiso ser grande	15
2. Sueños de libertad	36
3. Vida del señor sombrero	54
4. La voz de los huesos	77
5. Pedro Henríquez Ureña: el eterno extranjero	101
6. El mundo feliz: venta directa	128
7. El amigo chino	150
8. La Patagonia	166
9. El rey de la carne	176
10. El clon de Freddie Mercury	190
11. Rock Down	208
12. La leyenda de Facundo Cabral	219
13. Lazos de sangre	231
14. René Lavand: mago de una mano sola	252
15. El hombre del telón	272
16. Tres tristes tazas de té	291

DISCUSIONES

17. Enfermos de salud. Diatribas contra los guerreros del mijo	311
18. Me gusta ser mujer... y odio a las histéricas	318
19. La pesadilla de los city tours	333
20. El no es un peligro vivo	338

SOBRE EL PERIODISMO

21. Sobre algunas mentiras del periodismo 347
22. Tan fantástico como la ficción 359
23. ¿Dónde estaba yo cuando escribí esto? 366
24. La imprescindible invisibilidad del ser,
o la lección de Homero 382

CODA

25. Música y periodismo 399

Sobre la autora

Leila Guerriero (Argentina, 1967) se inició en el periodismo en 1991, en la revista *Página/30*, del periódico *Página/12*. Es asidua colaboradora de distintos medios como *La Nación*, de Argentina, *El País*, de España, *El Mercurio*, de Chile y *Gatopardo*, de México, revista de la que también es editora. Además de *Frutos extraños* (2009, Aguilar Colombia), es autora de *Los suicidas del fin del mundo* (2005, Tusquets). En 2010 recibió el Premio Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano por su artículo «El rastro en los huesos», una crónica sobre el trabajo del Equipo Argentino de Antropología Forense publicada en *El País Semanal* y *Gatopardo*. Ha editado los libros *Los malditos* y *Temas lentos* para la Universidad Diego Portales.